FIGURA Y SIGNIFICACION DE ALFONSINA STORNI

POR

ETELVINA ASTRADA DE TERZAGA

La aparición de Alfonsina Storni en las letras americanas es un suceso definitorio que juntamente con Delmira Agustini, vate de la lírica moderna, es un anuncio de la poesía de sensibilidad femenina dentro del siglo actual, imponiéndose como mentora de la emancipación de la mujer.

En el pensar de Ricardo Rojas «dio a la poesía femenina temas que se inspiraron en lo misterioso del sexo con expresiones dignas de la técnica más avanzada de su tiempo». Idéntica actitud de la emancipación de la mujer en el siglo XVII adoptó otra escritora, Sor Juana Inés de la Cruz, la bella Décima Musa de Méjico, como la definieron sus críticos.

La poetisa uruguaya Delmira Agustini y Alfonsina Storni son las que inician la plena libertad de formas en la poética de principio de siglo. Las dos profundamente líricas; cantan con vehemencia lo erótico: Delmira sensual y a veces impúdica con un amor más carnal, y Alfonsina celebrando más la pasión que aquélla. Entre ellas, Juana de Ibarbourou con su sentido panteísta, equilibrando la efervescencia de los sentimientos, cantando al amor con una fuerza saludable. Luego, Gabriela Mistral, legándonos su inquietud mística, su sentimiento humanitario. Ellas hacen una sola voz nueva, honda y dramática; desligada del tecnicismo tradicional, uniéndose en un ritmo universal.

Pasión y amargura refleja la obra storniana. Su hijo Alejandro Alfonso Storni, en el prólogo de la Antología publicada por Eudeba en el año 1961, nos dice: «Luchó desde pequeña a brazo partido con la existencia», «tenga el lector la seguridad que poco le debe al azar y mucho a su energía y coraje indomables la posición que alcanzó».

Alfonsina Storni nació el 29 de mayo de 1892 en Salla Capriasca, aldea del cantón ticcino en Suiza. Al regreso de Europa, sus padres se radicaron en San Juan. Fueron dueños de la primera fábrica de soda y hielo de esa provincia, como también los primeros fabricantes de cerveza. Paulina, su madre, fue una mujer hermosa, mundana, con talento musical, en cuya casa reunía lo mejor de la sociedad de aquel entonces.

Su padre fue un hombre taciturno que dejó recuerdos imborrables en la sensibilidad de Alfonsina.

Desde muy niña supo del ademán ciego del destino. Radicados en Rosario, ayuda a su padre en el «Café Suizo», que instala; trabaja también en costuras a domicilio y en un taller de gorras. En 1907, desempeña por primera vez un papel en *La Pasión,* representada por la Compañía de Manuel Cordero. Más tarde, con José Tallaví, realiza una gira teatral por la República. Esta actividad le permitió ponerse en contacto con las obras del teatro contemporáneo y clásico. Al regresar, después de un año de actuación, abandona definitivamente el teatro. Se establecen en Bustinza. Al año siguiente, o sea, en 1909, Alfonsina se traslada a Coronda; allí inicia sus estudios en la Escuela Normal Mixta de Maestros Rurales.

Cuenta diecisiete años. Para poder subsistir trabaja de celadora en esa misma escuela. En 1911 inicia su carrera docente en la Escuela Elemental número 65 de Rosario. Publica sus primeras colaboraciones en *Mundo Rosarino* y *Monos y monadas.* En Rosario conoce al padre de su hijo.

Por ser aquel ambiente limitado y de prejuicios, deja el empleo y emprende su viaje a Buenos Aires. Lleva una maleta pobre, unos libros de Darío y sus poemas. Fue una época de lucha y de amarga prueba, en la cual la mujer, por su situación de inferioridad, se veía obligada a frustrar su destino en las grandes empresas estatales que no permitían casarse a sus empleadas, fomentando de ese modo las uniones ilegales o la esterilidad.

Inicia su lucha: trabaja de cajera en una farmacia, luego en tareas administrativas en la tienda «A la Ciudad de Buenos Aires», y en un momento de desesperación intenta emplearse como doméstica. Resuelve esta situación en la firma Freixas Hermanos, casa importadora de aceites, como «corresponsal psicológica». Allí, «clavada en un sillón», entre máquinas de escribir con la «canción de teclas», escribe su primer libro de versos, del cual nos dice: «Un pésimo libro de versos. Dios te libre amigo de «La inquietud del rosal», pero lo escribí para no morir».

Alfonsina Storni sufrió de soledad y críticas por ser valiente, sincera y libre de prejuicios, que sólo se acurrucan en aquellas «opacas almillas».

Defendió lo suyo como una loba:
Yo soy como la loba.
Quebré con el rebaño
y me fui a la montaña
fatigada del llano.
Yo tengo un hijo fruto del amor, amor sin ley

... Yo soy como la loba, ando sola y me río
del rebaño. El sustento me lo gano y es mío
donde quiera que sea, que yo tengo una mano
que sabe trabajar y un cerebro que es sano.
El hijo y después yo, y después... lo que sea!

La obra alfonsiniana podríamos dividirla en dos partes. La primera, que data de 1916 y 1920, con *La inquietud del rosal* (excluido por la autora de su Antología), *El dulce daño, Irremediablemente* y *Languidez.*

Ocre, que data de 1925, y *Poemas de amor,* de 1926, constituyen el puente entre la primera época y la segunda, que corre desde 1934 a 1938; comprende dos libros *Mundo de siete pozos* y *Mascarilla y trébol,* más los poemas añadidos e incluidos en *Antología poética.*

En relación con la historia de la poesía americana, su primera época, en el sentido temporal que señala Federico de Onís, es posmodernista y la segunda vanguardista. Los primeros libros de poemas de Alfonsina Storni poseen un deje de cinismo, ironía, rebeldía y amargura que obedecen a sus circunstancias biográficas. Las contradicciones temperamentales le impidieron profundizar sus búsquedas, las que estuvieron demoradas por una actitud polémica frente a las circunstancias que le tocaron vivir. «En sus primeros poemas la vida es concebida como hartura de sensuales goces, que el espíritu no se atreve a rechazar», nos expresa Graciela Peyró.

La pasión femenina se reduce a enfrentamientos con el hombre, es la batalla del amor; la mujer enemiga y deseada; sometida a las tenazas del patriarcado: «Con mayúscula escribo tu nombre y te saludo, / Hombre, mientras depongo mi femenino escudo / en sencilla y valiente confesión de derrota. / Omnívoro: naciste para llevar la cota / y yo el sexo, pesado como carro de acero, / y humilde (se delata en función de granero).

La actitud sincera y auténtica de Alfonsina Storni tiene una significación de rebelión contra las limitaciones sicológicas, eróticas, económicas y sociales de la mujer de aquellos tiempos. Ha buceado los mundos interiores de una manera dolorosa y alucinante y por ello fue calificada de erótica. «Cantó con pureza las exaltaciones espirituales y físicas», expresión acertada de la escritora María Rosa Oliver, al definir la personalidad de Alfonsina en sus palabras de despedida en la *Recoleta* como homenaje póstumo. Julio Noé en su estudio sobre la poesía de Alfonsina nos expresa: «había nacido para amar en libertad de alma y cuerpo, con pagana alegría y terneza de mujer dócil, pero su alerta inteligencia habíale prevenido contra el hombre, «amo del mundo», cuyos impuros deseos mancillan los sentimientos más hondos».

Su primer libro *La inquietud del rosal* lleva un prólogo de Julián Lastra y fue publicado gracias a Félix B. Visillac, quien lo lleva a la imprenta de Manuel Calvello. Sale una tirada de quinientos libros por quinientos pesos. Es un libro con motivos líricos, de inmaduro romanticismo y con razón excluido por la autora. Respecto al mismo nos aclara Nicolás Coronado: «En definitiva... es el libro de un poeta joven y que no ha logrado aún la integridad de sus cualidades, pero en lo futuro ha de darnos más de una valiosa producción literaria.»

Tres años más tarde de la aparición de este libro, Luis María Jordán, en la revista *Nosotros,* recalca: «El amor tiene por la poetisa una predilección infernal... La señorita Storni es el más valiente de nuestros poetas del amor, diciéndonos sin antifaces ni medios tonos todo lo que sufre y espera aquella desnuda alma salvaje..., esta fuerte mujer de nuestra raza que nos dice, en bravos versos extraordinarios, lo que nosotros mismos desearíamos decir todos los días.»

Años más tarde, en 1927, con motivo del estreno en el Cervantes de Buenos Aires de su obra de teatro *El amo del mundo,* la cual bajó del cartel a los tres días por no gustar, Alfonsina Storni publica un magnífico artículo de defensa titulado «Entretelones de un estreno». Son importantes sus palabras, pues definen su posición definitiva ante la época social del siglo XX: «Pero lanzada a la corriente de la vida, como la mayor parte de las mujeres de las ciudades modernas, a la conquista del diario puchero, añorando siempre la protección del ala masculina, que deserta, porque en la dura lucha por el centavo que caracteriza al siglo, apenas si tiene energías para protegerse a sí mismo», y agrega más adelante: «Sospeché, viendo la evolución total de todo lo que informa la vida y contemplando la ética de Europa y Asia revolucionadas, que el concepto de la moral femenina va a evolucionar también, y que convendrá buscarle vías nobles y ordenamientos prudentes a lo que en lenguaje corriente podríamos llamarle los «frenos rotos».

Su valentía y su pluma le granjearon la amistad de toda aquella pléyade que se agrupaba en la revista *Nosotros,* a la cual se incorpora en el año 1916, y que no dejará hasta el final de su vida.

Cabe destacar que fue la primera mujer que dio un nuevo rumbo a la vida intelectual femenina, inaugurando por primera vez la costumbre de asistir a los banquetes que se les ofrecía a los escritores; ejemplo de ello es el agasajo a Manuel Gálvez por el éxito de su segunda novela *El mal metafísico.*

Tuvo Alfonsina una predilección por las amistades intelectuales masculinas. En estas tertulias la recordaron como la maestrita que publicó su primer libro y luego como una de las poetisas más destacadas del país. También cabe señalar, como caso único de las letras femeninas,

su popularidad, pues no había adolescente que no llevara bajo el brazo sus poesías de amor o recitara de memoria sus poemas.

En el año 1917, Alfonsina Storni recibe el premio anual del Consejo Nacional de Mujeres por el *Canto a los niños*. En ese mismo año le organizan sus amigos un recital en el teatro Minerva. Recita sus primeros poemas. La platea costaba solamente 60 centavos.

En 1917 la nombran maestra-directora del colegio Marcos Paz. Allí comienza a escribir su segundo libro, *El dulce daño*. Cumple tareas de catalogación de libros y enriquece sus conocimientos. Le escribe a su amigo Julio Cejador: «Todo lo que he hecho hasta ahora es, pues, más obra de mi propio instinto que de mi cultura que no he tenido tiempo ni calma para ensanchar a mi gusto. Por otra parte, mi naturaleza sana, pero delicada, me obliga a medir mis tareas y contener mis esfuerzos.»

Con motivo de la aparición de este libro en 1918 el grupo de la revista *Nosotros* la agasaja. Hablaron Giusti e Ingenieros.

En ese mismo año comienza a colaborar en *Atlántida*, y se retira de su empleo por un agotamiento nervioso que se repetirá muchas veces durante su vida. El Consejo de Educación la traslada ascendida, pero reteniendo su cargo anterior a pedido de la comisión directiva. En 1918 también se desempeña como celadora en la escuela de Niños Débiles del Parque Chacabuco. Da clases de declamación en ambientes modestos; en el gremio del partido socialista de Lavanderas Unidas. De esa época data su poema popular: «Tú me quieres blanca», recitado en todas las academias.

Su libro *El dulce daño* comprende varias partes. La primera sin denominación abarca dos poesías: «Así» y «Este grave daño»: «Este grave daño que me da la vida / es un dulce daño, porque la partida / que debe alejarme de la misma vida / más cerca tendré.» La segunda parte la tituló «Ligeras», dedicada al doctor Joaquín V. González. Consta de los siguientes temas: Sábado, Primavera, Dime, Capricho, etc. «Dulce tortura» es uno de los poemas más bellos:

Polvo de oro en tus manos fue mi melancolía;
Sobre tus manos largas desparramé mi vida;
Mis dulzuras quedaron a tus manos prendidas;
Ahora soy un ánfora de perfume vacía.
Cuánta dulce tortura quietamente sufrida,
Cuando, picada el alma de tristeza sombría,
Sabedora de engaños, me pasaba los días
Besando las dos manos que me ajaban la vida!

La tercera parte, «Los fuertes motivos», está dedicada a Juana de Ibarbourou. Destacaremos el poema «¿Qué diría?», en el cual desborda su juventud y disconformismo por lo cotidiano:

Decidme, amigos míos: la gente qué diría
Si un día fortuito, por ultrafantasía,
Me tiñera el cabello de plateado y violeta,
Usara peplo griego, cambiara la peineta
Por cintillo de flores, miosotis o jazmines,
Cantara por las calles al compás de violines,
O dijera mis versos recorriendo las plazas
Libertado mi gusto de comunes mordazas?
¿Irían a mirarme cubriendo las aceras?
¿Me quemarían como quemaron hechiceras?
¿Campanas tocarían para llamar a misa?
En verdad que pensarlo me da un poco de risa.

Los poemas de *El dulce daño* son amorosos, profundos, a veces inquietos e intrascendentes, filosóficos y amargos. Giusti lo juzga expresando: «Hay en *El dulce daño* hojarasca a brazadas, pero entre ella encontramos versos, estrofas, composiciones enteras, cual sólo puede escribirlas un verdadero poeta.»

De cada poema suyo surge la imagen de su alma, confesiones de su personalidad y de sus estados emotivos tan ricos y contradictorios:

Vivo dentro de cuatro paredes matemáticas.
Alineadas a metro. Me rodean apáticas
Almillas que no saben ni un ápice siquiera
De esta fiebre azulada que nutre mi quimera.
Gasto una piel postiza que la listo de gris
(Cuervo que bajo el ala guarda una flor de lis,
Me causa cierta risa mi pico fiero y torvo,
Que yo misma me creo para farsa y estorbo.)

Como no faltó quien lanzara una envenenada censura a su libro, colocó un prólogo en la segunda edición aclarando entre otras cosas: «en arte no hay otra impureza que la atribuida por la insuficiencia intelectual y hasta oral del profano».

Alfonsina Storni aparece en esta obra definida. Los temas antilíricos desaparecen y los adjetivos comunes. «Sufrió de un amor malogrado —afirma Julio Noé—, y ese su sufrimiento le inspiró algunos de sus mejores poemas, pero domeñó su sentir con el desdén y la ironía. En *El dulce daño,* su juventud se mostró confiada y serena. Aún creía en el amor venturoso y luchaba por desvanecer sus tristes presentimientos.»

Aparece el tercer libro, *Irremediablemente,* dedicado a su hermano menor con estas palabras: «Hildo, hermano mío... Mi piel quemando tiene olor a tu piel...» En la última página encontramos una confidencia: «Este libro es hijo de un momento de suma desazón y fue escrito en dos meses, enero y febrero de 1919.»

Para comprender su vida y obra tendremos que recurrir también a

la correspondencia, muy importante por cierto, que mantuvo con su amigo Julio Cejador: «Mi tercer libro de veras lo escribí en dos meses. Así salió; sus versos son como los panes que se sacan de un horno arrebatado. De vez en cuando se salva un panecillo que no está ni crudo ni quemado... pero sólo de vez en cuando...», y agrega: «Esta vida mía puede ser explicación de brusquedades, contradicciones, saltos repentinos que se advierten en mis libros. Los dos primeros han sido escritos a ratos perdidos entre tareas abrumadoras que me han impedido todavía serenarme, completar mi cultura, hacer una sosegada obra de arte.» Esta reflexión nos refleja su desazón, preocupaciones y lucha interior en una permanente vigilia. Su modestia y su conciencia crítica jamás le permitieron sentirse segura de sí misma: «sufro achaques de desconfianza hacia mí misma. De estos achaques la voluntad sale mal parada, me echo a dormir, sueño. De pronto la fiebre me posee y lo olvido todo: en estos momentos produzco, publico. Y el círculo de estos hechos se prolonga, sin variantes, sobre la misma espiral...». «Es que las mujeres nos cuesta tanto esto. Nos cuesta tanto la vida. Nuestra exagerada sensibilidad, el mundo complicado que nos envuelve, la desconfianza sistematizada del ambiente, aquella terrible y permanente presencia del sexo en toda cosa que la mujer hace para el público, todo contribuye a aplastarnos.» Este meduloso epistolario de Alfonsina Storni trasunta su espíritu crítico en una nueva y revolucionaria concepción de la sensibilidad femenina frente a la vida y el arte, pues pensé que este siglo es justamente «el siglo de la mujer».

Su libro de poemas *Irremediablemente* posee la misma estructura que *El dulce daño*. Sus partes son: «Alma desnuda», «Momentos humildes», «Momentos amorosos», «Momentos selváticos» y «Momentos tempestuosos».

En 1919, es decir, en el año de su publicación, Luis María Jordán, en la revista *Nosotros*, le dedica a Alfonsina Storni un artículo. Entre otras cosas expresa: «Con la señorita Storni puede hablarse sin eufemismos, ya que ella misma nos da ejemplo de claridad en el decir, en las viriles y armoniosas estrofas de su verso, en las que la autora pone y dice todo, sin importársele un comino de la entrelínea, del comentario malicioso y miserable del público asustadizo. Bien es cierto que este poeta no escribe para ser leído por las *jeunes filles* en los largos estíos de las medias tardes, sino para hombres apasionados y violentos que hayan mordido la vida alguna vez, con la misma ansia que se muerde el corazón de una fruta madura. Su Pegaso es un potro entero que no conoce la sumisión indolente y servil de los establos...»

Su goce de crear y sentir lo hallamos en las palabras con las cuales abre su libro *Irremediablemente:*

Me vienen estas cosas del fondo de la vida:
Acumulado estaba, yo me vuelvo reflejo...
Agua continuamente cambiada y removida;
Así como las cosas, es mudable el espejo.
Momentos de la vida aprisionó mi pluma,
Momentos de la vida que se fugaron luego
Momentos que tuvieron la violencia del fuego
O fueron más livianos que los copos de espuma.
En todos los momentos donde mi ser estuvo,
En todo esto que cambia, en todo esto que muda,
En toda la sustancia que el espejo retuvo,
Sin ropajes, el alma está limpia y desnuda.
Yo no estoy y estoy siempre en mis versos, viajero,
Pero puedes hallarme si por el libro avanzas
Dejando en los umbrales tus fieles y balanzas:
Requieren mis jardines piedad de jardinero.

Alfonsina Storni no intentó realizar una lírica trascendental o pertenecer a escuelas filosóficas, sino que fue una creadora de su propio lenguaje, exenta de reminiscencias latinas, francesas o inglesas. Nada poseía postizo o prestado. Se pertenece en sus imágenes singulares, ejemplo de ello son estas estrofas de su poema «Miedo divino»:

Estamos tan solos, amado, / tan solos, / Que todo lo entiendo porque soy, / la Noche, la Sombra, la Vida, el Silencio, / la Paz y el Amor.» O aquellos otros versos que reflejan su alma salvaje y recia, humilde y torturada: «No detendré la Muerte ni torceré la Vida. / Mi palabra, mi acento, no tendrán consecuencia: / Por muy alta que sea, será errada mi ciencia. / Está bien. Me es lo mismo la muerte que la vida.

El poeta peruano Héctor Cuenca señaló la importancia de su obra: «Alfonsina representaba con Jorge Luis Borges la más robusta expresión poética argentina. El maestro Lugones ya estaba en otro sitio, el sitio de las consagraciones definitivas.» «Sus libros desaparecían de las librerías tan pronto se editaban. Se la admiraba, se la quería. Pero Alfonsina estaba decepcionada de todas las cosas del mundo, su vida era de prematuras cenizas y la muerte rondaba ya sobre aquel corazón sin tempestades.» «Pobre, pero digna en pobreza, ganaba lo suficiente para vivir, y sentía el orgullo de bastarse a sí misma. Cuando se hablaba de sus libros revelaba una profunda indiferencia de todos.»

A lo largo de toda su obra Alfonsina nos ha dejado su retrato espiritual, la imagen de su alma:

Alma que nada sabe y todo niega
y negando lo bueno, el bien propicia
porque es negando como más se entrega

Alma que siempre disconforme de ella,
como los vientos, vaga, corre y gira;
alma que sangra y sin cesar delira
por el oro precioso de una estrella.

La cuarta obra de Alfonsina Storni titulada *Languidez,* que data de 1920, se agotó rápidamente y aparece una segunda edición. Este acontecimiento constituye un hecho excepcional en aquella época. Le precede una dedicatoria amarga: «A los que como yo nunca realizaron uno solo de sus sueños.» El prólogo a este libro, como es costumbre de la autora, contiene su propia crítica: «Este libro cierra una modalidad mía. Si la vida y las cosas me lo permiten, otra cosa ha de ser mi poesía de mañana.»

Toda su producción ha marcado edades, desde las inquietudes de su juventud hasta el sentido de la vida a través de lo humano.

En *Languidez,* Alfonsina renuncia premeditadamente a sus intimidades y se va al alma de las cosas, porque «las cosas vienen desde el fondo de la vida». Ella misma nos anticipa que «inicia este conjunto en parte, el abandono de la poesía subjetiva que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho respecto de ella todo lo que tenía que decir, por lo menos en un sentido».

Con la aparición de este libro, Alfonsina se consagra definitivamente. Obtuvo dos galardones muy importantes: el premio Municipal y el segundo premio Nacional de Literatura.

También en 1920 inicia sus colaboraciones en el diario *La Nación,* donde firmará con los seudónimos de Tao Lao y Alfonsina.

En ese año adquiere la ciudadanía argentina. Invitada por las autoridades de la Universidad de Montevideo dicta unas conferencias sobre la gran figura lírica de América Delmira Agustini, por quien profesaba sincera admiración; le dedicó uno de sus poemas de *Ocre.* Este primer viaje al Uruguay lo realizó con sus amigos Manuel Gálvez y Delfina Bunge de Gálvez, de quien tradujo sus poemas al francés, idioma que aprendió inmediatamente, en sólo tres meses.

El diario *La Mañana,* de Montevideo, comentó a su llegada: «En efecto, sabíamos ya de la poetisa inspirada, de la escritora sutil y de la crítica inteligente; pero una cualidad se ha revelado para nosotros en este extraordinario temperamento femenino: la señorita Storni es una conferenciante admirable...»

Destacaremos, de *Languidez,* su poema «El león», el cual le provoca un sentimiento de conmiseración por su encierro y en una actitud nietzscheana, quiere abandonar pacíficamente su cuello al del animal: «Y sobre tu salvaje melena enmarañada / Mi cuello delicado sintió la tentación / De abandonarse al tuyo, yo como tú, cansada, / De otra

jaula más vasta que la tuya, león / Como tú contra aquella mil veces he saltado. / Mil veces, impotente, me volví a acurrucar. / Cárcel de los sentidos que las cosas me han dado! / Ah, yo del universo no me puedo escapar».

En sus primeros tiempos creía en el amor, el cual se fue apagando poco a poco y comprendió como nos aclara Julio Noé que «El hombre o los hombres que habían pasado por su vida, no le habían mostrado sino codicia sensual o transitoria devoción y como consecuencia de ello llegó el hastío, la desilusión»:

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
Se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
La caricia perdida quién la recogerá?

Este mismo sentimiento de soledad y desencuentro está manifiesto en su poema «Limosna»:

Ahora quiero un alma, ser el que voy buscando,
Ahora quiero un alma para poder amar;
Echame sobre el alma gota a gota tu alma
El cielo de tu alma, ya no pretendo más.
Quiero un alma, es un alma lo que busco en la vida.
Es un alma, es un alma; por dónde vagará
Y el alma es un cielo: quiero un alma estrellada,
Con un alma estrellada me quiero iluminar.

En 1921 se crea para Alfonsina Storni, por iniciativa de Giusti y Villarroel, una cátedra en el teatro infantil Lavardén. Al año siguiente inicia sus viajes a Córdoba, descansa en el paraje serrano Los Cocos.

Este mismo año frecuenta la peña del pintor Emilio Centurión, quien hizo el famoso dibujo de su rostro, que data de 1923. Este círculo de intelectuales se llamó «Anaconda», aludiendo a la serpiente de Quiroga; participaban el pintor Rossi, Alejandro Sirio, Samuel Glusberg, fundador de la Editorial Babel, Alberto Gerchunoff, Horacio Quiroga, etcétera.

En 1923, el ministro de Instrucción Pública le crea una cátedra especial de lectura en la Escuela Normal de Lenguas Vivas. En 1924 le publica la Editorial Cervantes, de Barcelona, su antología en su colección «Las mejores poesías».

Corre el año 1925, publica *Ocre,* del cual Rafael de Diego afirma: «En este libro, profundamente humano, no es más que la expresión sencilla de las pasiones a través de un alma sensibilísima de mujer, que con toda la verdad, sin velos, nos dice el sentir pasional del siglo»: «Pocas obras, muy pocas, han producido nuestros poetas comparables

a este libro de Alfonsina, libro de gran trascendencia en cuanto es el resumen de una emoción, que nos atrevemos llamar social, aunque la hipocresía del ambiente lo niegue y todos queramos aparecer como seres apolíneos libres de la ternura de la carne».

Esta sensibilidad y concepción social en Alfonsina también las señaló Federico de Onís en su famosa Antología: «Es la más feminista de las poetisas mayores de nuestra época: todas ellas, como mujeres, expresan inevitablemente, cada una a su modo, sentimientos femeninos; pero la Storni ve, además, su femineidad como problema, no sólo individual, sino social. Es la más intelectual de todas, la más abierta a todo género de emociones, la más rica en variedad de tonos y matices.»

Ocre, como su nombre lo indica, es el otoño del alma, la melancolía, su madurez intelectual. Sin lugar a conjeturas, es su obra más importante, advertido por Alfonsina, cuando nos aclara, refiriéndose a ella: «es ya un poco mejor, algo cerebral, pero se advierte que quien lo hizo gobernaba con alguna propiedad su instrumento. A este libro se le puede perdonar la vida».

Al año siguiente, por iniciativa de la poetisa, se realiza la Primera Fiesta de la Poesía en Mar del Plata. Recitó los poemas de *Ocre.* Fue todo un éxito, firmó más de doscientos ejemplares, la edición se agotó en las librerías. En *Ocre* vibra la vida, es la desnuda verdad de sus confesiones íntimas, cobra acentos sólidos, se equilibra la mente y la pasión, ejemplo de ello su bello poema *Dolor:*

Quisiera esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;
Que la arena de oro, y las aguas verdes;
Y los cielos puros me vieran pasar.
Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar
Con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.
Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;
Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear:
Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;
Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;
Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...
Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;
Y figura, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

Con *Ocre,* libro marcadamente humano, de cierta laxitud lírica y cansancio dannunziano, rasgo que acertadamente destaca su crítica María Teresa Orozco, cierra su época posmodernista.

Corre el año 1926. Obtiene una cátedra en el Conservatorio de Música y Declamación. Se abre un paréntesis en su obra lírica; se inicia en la prosa. Publica *Poemas de amor,* que son «frases de estado de amor», como ella misma los define. Nos habla del ser que ama con la pasión total: «El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.» Luego, de una manera devastadora y plena, agrega: «adherida a tu cuello, al fin, más que la piel al músculo, la uña a los dedos y la miseria a los hombres, a pesar de ti y de mí, y de mi alma y la tuya, mi cabeza se niveló a tu cabeza, y de tu boca a la mía se trasvasó la amargura y la dicha, el odio y el amor, la vergüenza y el orgullo, inmortales y ya muertos, vencidos y vencedores, dominados y dominantes, reducidos e indestructibles, pulverizados y rehechos».

En 1926, Gabriela Mistral le hace una semblanza desde París, y fue publicada en el *Mercurio de Chile,* de ese mismo año:

«Extraordinaria la cabeza, pero no por rasgos ingratos, sino por un cabello enteramente plateado que hace el marco de un rostro de veinticinco años. Cabello más hermoso no lo he visto: es extraño, como lo fuera la luz de la luna a mediodía. Era dorado y alguna dulzura rubia quedaba en los gajos blancos. El ojo azul, la empinada nariz francesa, muy graciosa, y la piel rosada, le dan alguna cosa infantil, que desmiente la conversación sagaz de mujer madura. Pequeña de estatura, muy ágil con el gesto, la manera y toda ella, jaspeada (valga la expresión) de inteligencia.» El escritor Hugo de Soulignac, quien la conociera en las reuniones, nos afirma, entre otras cosas: «En la intimidad se tornaba, empero, muy seria, casi hermética. Amaba la soledad, la vida sin estridencias, el refugio de su casa para producir y descansar. La franqueza era su atributo sobresaliente. No conocía el silencio de conveniencia ni el cómodo asentir con la mayoría. Estaba siempre pronta a decir lo que pensaba y a expresarlo sin temores. Esto le valió muchas enemistades, ataques malévolos y negaciones enconadas. Pero no se arredraba. Su posición era de combate, no quería sino luchar e imponerse por sus merecimientos.»

Tampoco podemos olvidar las palabras de su hijo Alejandro Alfonso Storni, dedicadas como prólogo a la colección de sus poesías en 1961:

«Mi madre era una mujer luminosa, con un sentido masculino de la amistad, pero profundamente femenina. Una melena prematuramente cana enmarcaba un rostro sumamente joven; tenía los ojos ora azules, ora verdes, ora acerados; una sonrisa triste y una sonrisa alegre. Su

figura era menuda; su andar nervioso; caminaba a pequeños pasos. Costaba seguirla.

Si se me preguntara qué rasgo de su carácter podría destacar, contestaría sin titubear: el amor a la verdad. Paradójico, pero exacto.

Alfonsina nos definió su físico y modo de ser en los poemas: «Capricho», «Ecuación» y «Autorretrato barroco de Mascarilla y Trébol». Este último poema es «la más completa y quizá la más dramática de las confesiones de su obra» en el pensar del escritor Conrado Nalé Roxlo:

Una máscara griega, enmohecida
en las romanas catacumbas, vino
cortando espacio a mi calzante cara.
El cráneo un viejo mármol carcajante.
El Nuevo Continente sopló rachas
de trópico y de sed y abrió sus soles
sobre la testa que cambió su acanto
en acerados bucles combativos.
En un cuerpo de luna, tan ligero
que acunaban las rosas tropicales
un órgano, tremendo de ternura,
me dobló el pecho. Mas ¿por qué sus sones
contra el cráneo se helaban y expandían
por la burlesca boca acartonada?

En el año 1927 estrena su obra de teatro *El amo del mundo,* en el Cervantes; en ella defiende los derechos de la mujer. Asiste el presidente Alvear e importantes autoridades nacionales.

En 1930 viaja a Europa con su amiga Blanca de la Vega. Dicta conferencias en España. La crítica la acogió con entusiasmo. Luz Morales, en un artículo del diario *El Sol,* de Madrid, comentó: «Alfonsina Storni... pertenece a esa sardana sonora de femenino eco resonante, que enguirnalda a América», y luego: «Pero hay un acento apasionado, facetas de sinceridad absolutamente originales, inéditas, no oídas». También la elogiaron Enrique Díez Canedo y Cristóbal de Castro, quien la comparó con la condesa de Noailles y Ada Negri. En este viaje conoció Italia, Francia y Suiza, donde visitó su aldea natal.

En 1932 viaja nuevamente a Europa en compañía de su hijo. Visita España e Italia nuevamente. A su regreso publica *Dos farsas pirotécnicas,* tituladas «Cimbelina en 1900 y pico» y «Polixena y la cocinerita».

La debilidad de míster Dougall es otra de sus obras, pero no publicada ni representada.

Su teatro infantil permanece aún inédito; es aquel que ella misma hizo representar en parques y plazas. La obra más difundida es *Blanco..., negro..., blanco,* inspirada en el pierrot negro de Lugones, que figura en *Lunario sentimental.*

Desde 1932 y años subsiguientes frecuenta las reuniones de *Signo*, en ellas depara con Roberto Arlt, Enrique Finochieto, Emilio Centurión.

En 1933 conoció a Federico García Lorca, del cual hizo un magnífico retrato en verso.

En 1934 publica su libro de poemas *Mundo de siete pozos.*

Alfonsina Storni está en pleno apogeo, respetada por la crítica del país y el extranjero. *Mundo de siete pozos* está compuesto en versos libres, denuncia una ruptura total con la rima, el ritmo y las formas, y constituye un momento de transición, es un puente hacia su última obra, *Mascarilla y trébol.* Los dos pertenecen a su período de vanguardia. Este proceso de su ruptura formal fue único entre los poetas de su generación. A través de su expresión sintética logra el equilibrio, el sexo pierde su preeminencia, el hombre posee un destino trascendental.

La soledad de Alfonsina es ya profunda, no participa del mundo, es su espectador y lo rechaza: *para mis manos tu furor divino. / Que como rueca al pie te subordino / ya sosegado pozo de mis sombras.*

Asistimos en este libro a un cambio radical de fondo y a una innegable innovación estructural; todo ello ceñido por la fuerza de la reflexión sostenida:

Esfera negra el cielo
y disco negro el mar

Abre en la costa, el faro,
su abanico solar.

¿A quién busca en la noche
que gira sin cesar?

Si en el pecho me busca
el corazón mortal.

Mire la roca negra
donde clavado está.

Un cuervo pica siempre,
pero no sangra ya.

Alfonsina en 1935, en las playas uruguayas se entera de su mal incurable, y es operada de un cáncer al pecho. Esta enfermedad produce un cambio total en su psiquis. Se concierte en un ser retraído y rompe con sus amistades.

En 1936 pronuncia una conferencia sobre Teresa de Jesús. En 1937, al saber la noticia del suicidio de su gran amigo Horacio Quiroga, que padecía de su mismo mal, se conmueve hondamente y le dedica un poema, en el cual alaba y aprueba el suicidio: *Bien por tu mano*

firme, gran Horacio... / Allá dirán. / Nos hiere cada hora, queda escrito, / nos mata la final. / Unos minutos menos..., ¿quién te acusa? / Allá dirán. / Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte / que a las espaldas va. / Bebiste bien, que luego sonreías... / Allá dirán.

Ese mismo año, es decir en 1937, realiza un viaje a Bariloche, conoce los Lagos del Sur, lo comenta en *La Nación*. En 1938 parte para Montevideo. Se reúnen en su Universidad las tres poetas de América: Alfonsina, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. Titula su charla: «Entre un par de maletas a medio abrir y la manecilla del reloj.» Se refería este título a la inmediatez con que tuvo que preparar este trabajo, pues había recibido el día anterior la invitación. Explicó, igual que las otras escritoras, su forma y manera de crear. Lo ejemplificó con los poemas «Barranca del Plata en Colonia», «Pie de árbol», «Planos en un crepúsculo», «Flor en una mano», «Río de la Plata en arena pálido», que incluirá en *Mascarilla y trébol.*

Gabriela Mistral ya había dicho cuando la conoció, en la época de la publicación de *Ocre:* «No hay nada que decir de la poetisa, acaso sea el poeta argentino que se puede poner después de Lugones.» En el Uruguay, la poeta chilena la señala como: «abeja inédita, entre las contadas por los poetas griegos; la avispa que en el vuelo se persigue a sí misma, antes de caer sobre el matorral de mirtos; la abeja avispa, que danza un baile desgarrante, buscando su propia carne, para sangrarla en una pirueta de juego que yo le entiendo, que suele hacerme llorar».

Juana de Ibarbourou la definió «La del verso dúctil y amargo».

Cuando regresa prepara su *Antología poética,* en la cual nos aclara: «Por mucho que reniegue de mi primer modo, sobrecargado de mieles románticas, debo reconocer, sin embargo, que traía aparejada la posición crítica, hecho universalmente difundido, de una mujer del siglo xx, frente a las tenazas todavía dulces, y a la vez enfriadas, del patriarcado.» «Para retroceder a aquel modo, cuando la pluma ya lo ha desagotado, equivaldría a vivir plagiándose a sí misma por la dominadora razón de que un acento tocó directamente a la mayoría. Para quienes le estimen, en circulación está, que lo peor que le puede acontecer a un poeta es tener forzadamente que imitarse.»

Su última producción se titula *Mascarilla y trébol.* Su sentimiento poético está dicho con símbolos. Este cambio obedece a una decantación espiritual, se encuentra en el nivel más alto del pensamiento. Ha cumplido una línea vital, y su alma tiene un ademán de despedida porque su destino es una lágrima que ya se ha secado en el vacío. «Todo parece haber muerto en ella —señala Conrado Nalé Roxlo— menos la pasión por la belleza, una belleza nueva.»

Alfonsina poseía una facilidad asombrosa para escribir, y refiriéndose a los antisonetos de postura antiliteraria, nos expresa: «escribí la mayoría en pocos minutos a lápiz, en lugar público, un vehículo en movimiento, o en mi lecho, despertándome a deshora; aunque cepillarlos me haya demandado meses». Presintió que este libro de símbolos iba a ser tildado de oscuro, y por eso pedía la colaboración del lector; de allí que formule una «Breve explicación», título que antecede a estas palabras: «Cambios psíquicos fundamentales se han operado en mí: en ello hay que buscar la clave de esta relativamente nueva dirección lírica y no en corrientes externas arrastradoras de mi personalidad verdadera.»

Nos ha hecho esta aclaración, pues pensó que se la conceptuaría influida desde afuera por el movimiento de vanguardia. Uno de los sonetos más amargo y logrado es «Palabras manidas a la luna»:

Quiero mirarte una vez más, nacida
del aire azul, con gotas de rocío
pendientes sobre el mundo, aligerada
de la angustia mortal y su miseria.

Sobre el azogue, más azul, del río,
diciendo «llora», aymé, tan transparente
que no hay palabras para aprisionarte,
nácar y nieve sueñes de ti misma.

Baja: mi corazón te está pidiendo.
Podrido está; lo entrego a tus cuidados.
Pasa tus dedos blancos suavemente,
sobre él; quiere dormir, pero en tus linos,
lejano el odio y apagado el miedo;
confesado y humilde y destronado.

El mar en Alfonsina fue uno de sus persistentes temas líricos. Lo sintió hondamente, como si empujara su raíz emocional, y lo contempló sin descanso desde diversos ángulos terrestres. Siempre celebró «esas grandes pampas de agua», atraída en los días plúmbeos y ocres cuando el mundo estaba ya desierto. En estos poemas nos adelantó su destino, su propia muerte en el mar: *Mi cuello cruje. / Ya camino. / El agua no cede. / Mis hombros se abren en alas / ... Me aligero: / la carne cae de mis huesos. / Ahora. / El mar sube por el canal de mis vértebras. / Ahora. / El cielo rueda por el lecho de mis venas. / Ahora. / ¡El sol! / ¡El sol! / Sus últimos hilos / me envuelven, / me impulsan: / Soy un huso: ¡Giro, giro, giro, giro!...* Antes de partir a Mar del Plata, en el recreo del Delta, dialoga con la escritora Abella Caprile, a quien le expresa firmemente su deseo de morir en el suicidio: «Sufro de una

neurastenia tan espantosa que no sé si quitarme la vida. Quizá sea mi última poesía que escriba», refiriéndose a «Romancillo cantable», publicado en *La Nación* el 16 de octubre de 1938: *Para fin de septiembre, / cuando me vaya... / Pasando el río grande / ésa que te ama / no muere / verdea como las ramas.*

El 18 de enero parte para Mar del Plata. El 22 envía su último poema a *La Nación*. A la mucama de la pensión le pide que escriba unas líneas, pues se encontraba imposibilitada por los agudos dolores de su mal. Son para su hijo: «No te escribo yo porque me siento un poco cansada. Hago escribir con la mucamita. Suéñame que me hace falta.

Te escribo tan sólo para que veas que te quiero. Te besa cariñosamente tu hermana.» Y lo firma con dificultad.

Su muerte fue hondamente sentida en todos los ámbitos intelectuales del país y del exterior. La recordaron Manuel Gálvez, Héctor Cuenca, Manuel Ugarte, Mary Rega Molina, Alfredo Palacios en el Senado. En la Universidad del Uruguay hablaron: Emilio Oribe, Alberto Zum Felde, Esther de Cáceres, Juana de Ibarbourou. En Caracas, Emilio Lascano Tegui publica unos tercetos. En París, Manuel Gahisto tradujo al francés su poema póstumo, el cual fue publicado en la *Revue Argentine,* en 1938, y Francis de Miemandre comentaba su muerte en *Les nouvelles littéraires. Nosotros,* la revista argentina, le dedica sus páginas, es la despedida de su crítico Roberto Giusti: «La poesía de Alfonsina Storni —escribe bellamente Ugarte—, toda en fibra y tensión de alma exaltada, tiene líneas tan nítidas y excluyentes que no puede ser confundida ni comparada con ninguna voz conocida. Hirsuta en la acometividad, tajante en el vuelo, esa poesía no deriva de la búsqueda artificiosa o de la novedad calculada, sino del abandono total de una personalidad auténtica, que tuvo resonancia de caracol marino y recogió y amplificó las vibraciones del corazón, como las del mismo mar, su amigo, cuyas olas recuperan —aunque fuera por un momento— lo que, por ser tan grande, creyeron les pertenecía.»

Su soneto póstumo, considerado uno de los más trágicos de la lengua castellana, y por cierto conmovedor, ya que lo escribió tres días antes de morir, llegó a tiempo para salir al pie de su necrología en *La Nación* al día siguiente de su muerte. Recordemos su último poema «Voy a dormir»:

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierba, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.
Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;

una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.
Déjame sola: oyes romper los brotes...
Te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases
para que olvides... Gracias... ¡Ah!, un encargo
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

ETELVINA ASTRADA DE TERZAGA
Paul Groussac, 325. B. Iponá
CÓRDOBA (ARGENTINA)